

Tragedia de Antuco: memoria, responsabilidad y humanidad

Hace 21 años, la provincia de Biobío fue escenario de una de las tragedias más dolorosas de la historia reciente de Chile. La muerte de 44 soldados conscriptos y del sargento segundo Luis Monares en la cordillera de Antuco no solo dejó un profundo dolor en decenas de familias, sino también una huella imborrable en la memoria colectiva de nuestra provincia y todo el país.

Con el paso del tiempo, Antuco dejó de ser únicamente una tragedia militar para transformarse en un símbolo de responsabilidad institucional, de reflexión y de aprendizaje. Las lecciones que dejó aquella marcha bajo condiciones extremas obligaron a revisar protocolos, fortalecer la seguridad de las tropas y avanzar hacia conceptos fundamentales como la “obediencia reflexiva”, entendida como el deber de resguardar la vida humana por sobre cualquier otra consideración.

Sin embargo, más allá de los cambios implementados al interior del Ejército, Antuco sigue siendo, ante todo, una tragedia profundamente humana. Basta observar cada año a las madres, padres, hermanos y sobrevivientes regresar al memorial en la cordillera o reunirse en la Plaza Mártires de Antuco en Los Ángeles para comprender que el dolor no desaparece con el tiempo, solo aprende a convivir con la ausencia.

Por eso, estas conmemoraciones tienen un valor que trasciende lo protocolar. Son una forma de mantener

vivos los nombres y las historias de jóvenes que, en muchos casos, apenas comenzaban a construir sus vidas. También representan un compromiso colectivo con la memoria y con la necesidad de evitar que errores similares vuelvan a repetirse.

La propia historia reciente demuestra que Antuco continúa generando reflexión pública respecto de las responsabilidades institucionales, el trato a los conscriptos y la necesidad permanente de fortalecer la prevención y el cuidado de las personas.

Como medio de comunicación de la provincia de Biobío, Diario La Tribuna ha acompañado esta historia desde el primer momento. Primero, relatando la angustia de las familias y el drama vivido en la montaña; luego, recogiendo testimonios, impulsando espacios de memoria y mostrando también las transformaciones surgidas tras el dolor. Ese compromiso permanece intacto, porque recordar la Tragedia de Antuco, no es abrir heridas: es impedir que el olvido las vuelva inútiles.

Mientras exista una madre abrazando la fotografía de su hijo, un sobreviviente reviviendo aquella madrugada o una comunidad reuniéndose en silencio frente a un memorial, la Tragedia de Antuco seguirá recordándonos que la vida humana siempre debe estar por encima de cualquier decisión, protocolo o mandato.